

¿Qué clase de persona será considerada importante en el Reino de los cielos?

Mateo 18:1-4

Pastor Tim Melton

¿Qué persona dirías que será considerada importante en el Reino de los cielos? Pensando en la Biblia, quizás dirías Abraham, Moisés, David, Ester o el apóstol Pablo. Si vuelves a la historia de la iglesia, tal vez dirías Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino o Dietrich Bonhoeffer. O quizás te viene a la mente algún “gigante espiritual” que todavía está vivo hoy en día.

Tal vez piensas en un gran teólogo que conocía todas las respuestas de la Biblia. O en un pastor de una mega-iglesia. O en alguien internacionalmente famoso por sus obras religiosas o buenas obras. O quizás te viene a la mente alguien que da mucho dinero para caridad, que sabe casi todas las respuestas en tu grupo de estudio bíblico, o que hace oraciones elocuentes en público.

Tendemos a pensar en alguien que sea muy conocido o que tenga un gran currículum espiritual. Pero eso no es lo que vemos en las Escrituras. En Mateo 18 encontramos estas palabras:

En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”² Llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos³ y dijo: “De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.”⁴ Así que cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.”

Cuando dice “discípulos” se refiere a los apóstoles de Jesús, su círculo íntimo de seguidores más cercanos. Jesús había seleccionado en oración a estos hombres para que estuvieran con Él. Jesús había pasado tres años con sus apóstoles, mostrando humildad y liderazgo de servicio. Tres años y, sin embargo, todavía no lo entendían. Lo vemos varias veces en los evangelios donde los discípulos buscaban poder y reconocimiento. Comparando y compitiendo, anhelando reservar un asiento en el reino a la derecha o a la izquierda de Cristo.

Vemos historias similares donde Jesús pone a un niño como ejemplo de grandeza, tanto en Marcos 9:33-37 como en Lucas 9:46-48. Marcos incluye el hecho de que los discípulos habían estado discutiendo entre sí sobre quién era el más importante. Entonces Jesús los hizo sentar y les dijo: *“Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos.”* Lucas también habla

de una discusión entre los discípulos sobre quién era el más importante, y la respuesta de Jesús fue: ***“El que es más pequeño entre todos vosotros, ese es el más grande.”***

Los discípulos eran simples hombres comunes, pero ahora se encontraban en compañía del Mesías, el Hijo de Dios. No eran poderosos, ni ricos, ni nobles, y, sin embargo, a medida que su tiempo con Jesús continuaba y crecían las multitudes que los seguían, debió haber sido una tentación tenerse en demasiada alta estima simplemente porque estaban en el círculo íntimo de Jesús.

Luego dice que los discípulos ***“se acercaron a Jesús”*** por este motivo. Perseguían intencionalmente la grandeza. Estaban tan engañados que buscaban lo único que garantizaría que no fueran considerados grandes en el reino de los cielos.

Sus corazones y mentes no estaban en el lugar correcto. El hecho mismo de que hicieran esta pregunta demuestra lo lejos que estaban de comprender lo que Cristo deseaba para ellos. Decían buscar el reino de los cielos, cuando en realidad buscaban egoístamente la vana gloria del reino de este mundo.

En respuesta, Jesús puso a un niño en medio de ellos y lo usó como ejemplo:

“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.”

Primero observamos la frase “si no os volvéis”. Jesús dejaba muy claro que iban en la dirección equivocada. Es similar a la idea de arrepentimiento que vemos en las Escrituras. El arrepentimiento es un cambio de dirección. Es un volverse del pecado hacia Dios. En esta situación, los discípulos necesitaban alejarse de su orgullo, ego e inseguridad, y volverse como niños.

Este debe haber sido un ejemplo sorprendente cuando se habla de grandeza. A menudo, en el Imperio romano, los niños se consideraban prescindibles o incluso una propiedad. Los niños no tenían estatus. Por eso es tan desconcertante que Jesús se refiera a un niño cuando habla de grandeza. Vemos este tipo de pensamiento entre los discípulos de Jesús en Mateo 19:13-14:

“¹³ Entonces le fueron presentados unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y orara; pero los discípulos los reprendieron. ¹⁴ Entonces Jesús dijo: ‘Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos.’”

El contraste es claro. En un niño encuentras una fe sencilla y un corazón dócil, totalmente dependiente del padre y la madre. Mientras está cerca de sus padres no se preocupa por nada. No toma la gloria, el control, el crédito o la responsabilidad. Descansa y se entrega a la provisión y protección de sus padres. Es así de sencillo. Todo lo que tiene que hacer es confiar y obedecer. En ello no hay que buscar gloria ni grandeza, solo fe.

Esa es una imagen de alguien que entrará en el reino de los cielos. ***“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”*** (Efesios 2:8-9). Es la fe de un niño, dada por el Padre, la que nos lleva al reino de los cielos.

Jesús entonces continúa:

“⁴ Así que cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.”

Un niño se asombra fácilmente. Un niño puede perdonar y olvidar. Un niño todavía posee un nivel de sencillez e inocencia. Como nos recuerda Richard Glover, *“el niño solo tiene que aprender, no desaprender; solo hacer, no deshacer.”*¹

Un niño no afronta los problemas del mundo por su cuenta. Un niño sabe que es débil. Un niño sabe que no es lo suficientemente sabio o lo suficientemente fuerte. Está contento con pedir ayuda y confiar en alguien más para su bienestar. No tiene necesidad de impresionar o competir. En su dependencia y plena confianza en los demás anda en humildad.

Como hijos de Dios, esta humildad espiritual es la que nos hace grandes en el reino de Dios.

Encontramos una manera útil de entender esta humildad espiritual en Santiago 4:6-8,10. Dice: *“Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes”.⁷ Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros.⁸ Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros . . .¹⁰ Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.”*

El autor W. W. Wiersbe cuenta que “someteos a Dios” era una frase militar que significaba “entrad en el rango que os corresponde”². Literalmente, “conoce tu lugar.”

En nuestro mundo vemos esto todo el tiempo. Niños que no “conocen su lugar”. Son rebeldes, arrogantes, orgullosos y sin empatía con los demás. No saben escuchar, aprender y someterse a aquellos con autoridad de su alrededor.

A veces vemos actitudes similares entre los cristianos. Queremos ser dueños de nuestras propias vidas, o atribuirnos el mérito de las cosas que Dios ha hecho que sucedan en nuestras vidas, o tenemos un concepto demasiado elevado de nosotros mismos en comparación con los demás. En esos momentos demostramos que no conocemos nuestro lugar en el reino de Dios.

Por contra, aquellos que conocen su lugar ante Dios serán considerados grandes en el reino de Dios. Eso es lo que Jesús quiere decir cuando declara: *“Así que cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.”*

La humildad no solo es admirable, es esencial si queremos entrar en el Reino y andar correctamente con Dios.

En palabras de Andrew Murray:

“La humildad es el único terreno en el que arraigan las gracias; (ya que nuestra dependencia de Dios es la fuente de nuestra liberación) la falta de humildad es la explicación suficiente de todo defecto y fracaso. La humildad no es tanto una gracia o virtud junto a las demás; es la raíz de todo, porque solo ella toma la actitud correcta ante Dios, y le permite a Él, como Dios, hacerlo todo.”³

¹ <https://www.studylight.org/commentaries/eng/dsb/matthew-18.html>

² Wiersbe, W. W. (1996). *The Bible exposition commentary* (Vol. 2, p. 369). Wheaton, IL: Victor Books.

³ Andrew Murray, *Humility: The Journey Toward Holiness*.

Cuando nos falta la humildad de un niño entonces nos dejamos llevar por el orgullo. Nos tenemos en más alta estima de lo que deberíamos. Nos volvemos autosuficientes, arrogantes, autoritarios, nos ofendemos fácilmente, y nos ponemos a la defensiva porque tenemos que proteger nuestra posición. La vida se convierte en una competición en la que buscamos quedar mejor y los demás peor. Nos volvemos vulnerables a la tentación porque no permanecemos en Cristo, sino que elegimos confiar en nosotros mismos.

Esa es una manera impía de vivir. Como cristianos hemos confesado nuestro pecado y nuestra necesidad de la redención de Cristo. Hemos sido perdonados y ahora somos plenamente conocidos y amados. Hemos sido humillados por la convicción del Espíritu y levantados para andar en una nueva vida. Hemos sido adoptados en la familia de Dios, con la confianza de que nada jamás nos separará del amor de Cristo. Ahora podemos vivir en paz con nuestras imperfecciones, porque la gracia de Dios es nuestra seguridad.

Ya no hay necesidad de ser visto como alguien importante en este mundo. El orgullo ya no sirve para nada en nuestras vidas. Cristo es ahora nuestra confianza y el que enaltece a todos los que andan en humildad. El Evangelio es el que nos conduce a la verdadera humildad y a las riquezas de la vida cristiana. Pero, ¿cómo arraiga la humildad en nuestra vida?

En las Escrituras vemos que es Dios quien obra la humildad en nuestra vida. Lo vemos en la vida de David, Pedro, el Apóstol Pablo e incluso Moisés, a quien Dios usó de manera milagrosa pero de quien todavía se decía: *“Moisés era muy humilde, más humilde que cualquier otro sobre la tierra”* (Números 12:3).

Mateo 23:12 dice: *“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”*

Para los que buscan la humildad de un niño y desean unirse a Dios en el proceso, aquí hay algunas ideas prácticas:

- Pídele a Dios que obre humildad en tu vida. Busca la ayuda de Dios en la oración y su sabiduría en la lectura de la Biblia. En las Escrituras aprendemos “nuestro lugar” con respecto a Dios, y eso nos genera humildad. En la oración vivimos esta humildad al buscar y someternos a la sabiduría, guía y obra de Dios en nuestras vidas. A medida que creces en “conocer tu lugar”, actúa en consecuencia.
- Ponte intencionalmente en posiciones de humildad. Ofrécete para servir a los demás. Evita ser el centro de atención. Habla menos y escucha más. Lidera menos y sigue más. Haz las tareas que nadie más quiere hacer. Trabaja detrás de los focos. Haz buenas obras de las que nadie se entere jamás. Evita fanfarronear, cotillear y criticar, que son formas de ensalzarse a uno mismo y de menospreciar a los demás. Celebra los éxitos de los demás. Tómate un tiempo a solas con Dios para confesar el pecado. Mejora tu forma de disculparte. Todas estas son maneras intencionales de ser humilde.

Uno de los mejores ejemplos de humildad que condujo a la grandeza se encuentra en Filipenses 2:1-11:

“Por tanto, si hay algún consuelo en Cristo, si algún estímulo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, ² completad mi gozo,

sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. ³ *Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.* ⁴ *No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás.*

⁵ *Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:* ⁶ *Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,* ⁷ *sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres.* ⁸ *Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* ⁹ *Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre,* ¹⁰ *para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra;* ¹¹ *y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*